

**VIAJEROS, PEREGRINOS Y AVENTUREROS
EN EL MUNDO ANTIGUO.**

**FRANCISCO MARCO SIMÓN
FRANCISCO PINA POLO
y JOSÉ REMESAL RODRÍGUEZ (Eds.)**

© PUBLICACIONES I EDICIONES DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA, 2010
Adolf Florensa, 2/n; 08028 Barcelona; Tel. 934 035 442; Fax 934 035 446.
comercial.edicions@ub.edu

1ª edición: Barcelona, 2010

Director de la colección: JOSÉ REMESAL.

Secretario de la colección: ANTONIO AGUILERA.

Diseño de la cubierta: CESCO SIMÓN.

CEIPAC <http://ceipac.ub.edu>

Generalitat de Catalunya. Grup de Recerca de Qualitat: SGR 95/200; SGR 99/00426; 2001 SGR 00010; 2005 SGR 01010; ACES 98-22/3; ACES 99/00006; 2002ACES 00092; 2006-EXCAV0006; 2006ACD 00069.

DGICYT: PB89-244; PB96-218; APC 1998-119; APC 1999-0033; APC 1999-034; BHA 2000-0731; PGC 2000-2409-E; BHA 2001-5046E; BHA2002-11006E; HUM2004-01662/HIST; HUM200421129E; HUM2005-23853E; HUM2006-27988E; HP2005-0016; HUM2007-30842-E/HIST; HAR2008-00210.

MAEX: AECL29/04/P/E; AECL.A/2589/05; AECL.A/4772/06; AECL.A/01437/07; AECL.A/017285/08.

Composición y maquetación: JUAN MANUEL BERMÚDEZ.

Portada: *Orbis Herodoti*.

Impresión: Gráficas Rey, S.L.

Depósito legal:

ISBN:

Impreso en España / Printed in Spain.



Publicación nº
de la Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.)
Organismo autónomo de la Exma. Diputación de Zaragoza.
Plaza de España, 2. 50071 – Zaragoza (España). ifc@dpz.es

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada mediante ningún tipo de medio o sistema, sin la autorización previa por escrito del editor.

ÍNDICE GENERAL

Introducción (Francisco Marco Simón, Francisco Pina Polo y José Remesal Rodríguez)	9
Algunos apuntes sobre la naturaleza de la geografía griega (Gonzalo Cruz Andreotti)	13
<i>Autopsía y Akoé</i> . Aspectos sexuales en la Historia de Heródoto (Carlos Schrader)	25
La imaginación geográfica en la expedición de Alejandro (Javier Gómez Espelosín)	49
Rutas y viajeros en el Próximo Oriente Antiguo (Juan-Pablo Vita)	65
El viaje de Hanón de Cartago y los mecanismos de exploración fenicios (Adolfo J. Domínguez Monedero)	77
The strange tale of Eudoxos of Kyzikos: adventurer and explorer of the Hellenistic world (Duane W. Roller)	95
El Periplo del Mar Eritreo y la presencia romana en el Índico (Francisco Pina Polo)	101
Viajes iniciáticos en Grecia y en Iberia: un recorrido iconográfico hacia el reino de lo desconocido (Ricardo Olmos)	115
De <i>Baetica</i> a <i>Germania</i> , consideraciones sobre la ruta y el comercio atlántico en el Imperio Romano (José Remesal Rodríguez)	147
Viajeros silenciosos: el robo de obras de arte y su testimonio histórico (Arminda Lozano)	161
Hacia el lugar de los dioses: aproximación a la peregrinación religiosa en la <i>Hispania</i> indoeuropea (Silvia Alfayé)	177
Pausanias und die griechischen Heiligtümer und Kulte (Peter Funke)	219

From Thessalos of Tralles to Nicagoras of Athens: religious pilgrimage to Egypt in the Roman Empire (Francisco Marco)	227
El peregrino y sus destinos: los lugares de Cristo (Pablo C. Díaz)	241
L'Apulia tardoantica: vie di contadini, pastori, briganti e pellegrini (Giuliano Volpe)	267
Viajar después de morir: el viaje a la inversa de Maximinus Thrax (Maria Victoria Escribano Paño)	305

Índices

- de fuentes	
- literarias	319
- epigráficas	323
- de personajes	324
- de lugares	329
- de materias	334

ALGUNOS APUNTES SOBRE LA NATURALEZA DE LA GEOGRAFÍA GRIEGA *

GONZALO CRUZ ANDREOTTI
Universidad de Málaga

Para los antiquistas el uso del término ‘geografía’ a la hora de definir el acercamiento a los problemas relativos a la percepción y concreción del espacio en la Antigüedad da lugar, inevitablemente, a equívocos porque, casi sin quererlo, nos trasladamos a las prácticas más habituales o más conocidas de la disciplina actual, en particular a la elaboración de mapas o a la consideración del geógrafo como un investigador sobre el terreno. La extrañeza es aún mayor cuando sabemos que la acuñación del concepto en la Antigüedad es tardía y que, en la práctica, no siempre significa lo mismo, más allá de que convencionalmente lo asuman o que, incluso, haya algunas tendencias hacia una ‘homogeneidad disciplinar’ -por usar terminología contemporánea-, sobre todo a partir del giro copernicano que se produce con la escuela alejandrina. Pero la realidad es que casi desde el principio se pueden observar distintas formas de “hacer geografía”, que terminan por organizarse en cierta manera en géneros literarios diferentes, y que hacían hincapié en aspectos / lenguajes o bien cartográficos, o bien descriptivos, o bien periplográficos, o bien históricos, etnográficos o paradoxográficos¹.

* g_andreotti@uma.es. Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación de Excelencia HUM 03482 de la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía y en el Grupo de Investigación de Estudios Historiográficos (Nº Hum. 0394) de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.

¹ Una buena introducción al pensamiento geográfico griego, y asequible en castellano, sigue siendo el manual de CH. JACOB, a pesar de los años transcurridos desde su primera edición: *Geografía y etnografía en la Grecia Antigua*, Barcelona 2008 (orig. 1991); asimismo las páginas centrales de la obra de F.J. GÓMEZ ESPELOSÍN, más descriptiva y con datos abundantes: *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid 2000, 164-275. Recientemente: SERENA BIANCHETTI, *Geografía storica del mondo antico*, Bolonia 2008. Fundamental: F. PRONTERA, *Prima di Strabone: materiali per*

Es por ello que el debate ha estado siempre centrado en buscar un elemento en común a todas estas perspectivas, y se suponía que éste era el mapa. Sea cual sea la naturaleza literaria de la obra, no se entendía la geografía sino era acompañada de los más variados tipos de mapa; geografía y mapa, en tanto que representación abstracta y visual de un conjunto de ideas-información supuestamente sacados de la observación / representación fiel de la realidad espacial previamente seleccionada, eran dos términos casi sinónimos. La falta de datos claros sobre el uso y la circulación de mapas en la Antigüedad resultaba más extraña cuanto más acudíamos a aquélla para bucear en los orígenes de la disciplina y, en general, de la percepción del espacio a través del único instrumento que se consideraba posible: el mapa. Su ausencia se atribuía a problemas de transmisión, por lo que los manuales estaban obligados a suplirla con reconstrucciones contemporáneas, aunque con ello se transmitiera la idea de que el papel de la geografía era, en última instancia, la elaboración del mapa en tanto que la única posibilidad de percepción válida, con las limitaciones de cada momento.

Es difícil escapar de la centralidad cartográfica y, por extensión, de la consideración *moderna* del trabajo del geógrafo antiguo. Un ejemplo reciente lo tenemos alrededor del “mapa” descubierto en un nuevo papiro cuyos textos se atribuyen a la *Geographoumena* de Artemidoro, finalmente editado por la LED². No vamos a entrar en los problemas sobre la autenticidad del papiro y la intensa polémica entre los editores y otros estudiosos a lo largo de los años 2008 y 2009³, sino hacer notar que la aparición entre las cols. III y IV de un “mapa” condujo de inmediato a una apresurada carrera sobre qué lugar de Iberia representaba, si las desembocaduras del Tinto / Odiel o del Ebro⁴. El tiempo ha puesto cada cosa en su sitio; en primer lugar que sea imposible su localización, ya que constituye un dibujo incompleto y parcial (¿regional?, ¿local?) donde faltan los textos indicativos de los lugares o accidentes señalados con pequeñas ilustraciones; sería, en segundo lugar y caso único, el primer ejemplo de “mapa regional” dentro de una tradición que desde sus comienzos tiene una vocación universal, y más en una obra tan afamada en este sentido como la de Artemidoro; aún más, y en tercer lugar: es muy discutible su condición de mapa siguiendo la tradición alejandrina; más parecería

uno studio della Geografia antica come genere letterario, en: ID. (ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, vol. I, Perugia 1984, 189-259.

² *Il papiro di Artemidoro*, ed. de CLAUDIO GALLAZZI, BARBEL KRAMER, SALVATORE SETTIS *et al.*, Milán: LED, Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, 2008.

³ Protagonista de todo ello ha sido L. CANFORA, para quien el papiro es simplemente una falsificación del XIX: *Il papiro di Artemidoro*, Bari 2008; ID., *The True History of the So-called Artemidorus Papyrus. A Supplement*, Bari 2008; ID., Recensiones a *Il papiro di Artemidoro*, edito da CLAUDIO GALLAZZI, BARBEL KRAMER, SALVATORE SETTIS *et al.*, LED Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milano 2008 (marzo), pp. 630 + 40 tavv. -4 riproduzioni 1:1 -DVD; € 480,00, *QS* 65, Lul./dic. 2008, 1-64; ID., Recensiones a *Il papiro di Artemidoro*, edito da CLAUDIO GALLAZZI, BARBEL KRAMER, SALVATORE SETTIS *et al.*, LED Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milano 2008 (marzo), pp. 630 + 40 tavv. -4 riproduzioni 1:1 -DVD; € 480,00) -seconda puntata- y *Artemidoro. Un papiro dal I secolo al XXI*, a cura di Salvatore Settis, Torino: Einaudi, 2008 (novembre), pp. XVI-124; € 26,00 -prima puntata-, *QS* 69, Genn/Giug. 2009, 241-397. Una síntesis de las posiciones en A. DOMÍNGUEZ MONEDERO: *Archivo Español de Arqueología* 81, 2008, 305-331; asimismo, J.A. FERNÁNDEZ DELGADO, F. PORDOMINGO y E. GANGUTIA ELÍCEGUI, *Emerita* LXXVI.2, Julio-Diciembre de 2008, 319-342.

⁴ Y decimos Iberia porque eso es lo que se daba por sobreentendido al encontrarse el dibujo al comienzo de la parte correspondiente a la descripción de aquélla: B. KRAMER, La Península Ibérica en la *Geografía* de Artemidoro de Éfeso, en: G. CRUZ ANDREOTTI; P. LE ROUX; P. MORET (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana*, Málaga-Madrid 2006, 97-114 (esp. 105ss.), aunque con muchos matices en relación a opiniones anteriores respecto a su condición de “mapa” de tradición alejandrina (en CL. GALLAZZI y B. KRAMER, Artemidor im Zeichensaal. Eine Papyrusrolle mit Text, Landkarte und Skizzenbüchern aus späthellenistischer Zeit, *Archiv für Papyrusforschung* 44.2, 1998, 189-208 [trad. española en *El miliario extravagante* 72, 2000, 2-11] o B. KRAMER, The Earliest Known Map of Spain (?) and the *Geography* of Artemidorus of Ephesus on Papyrus, *Imago Mundi* 53, 2001, 115-120). Con todo, en la edición de LED *cit. supra* siguen defendiendo la localización en el bajo Ebro: 275-305; Otras localizaciones: R. KNAPP, The New Artemidorus Fragment and the Cartography of Ancient Iberia, en: J.M^a CANDAU MORÓN; F.J. GONZÁLEZ PONCE; G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), *Historia y Mito. El pasado como fuente de autoridad*, Málaga 2004, 277-296, en las desembocaduras del Tinto / Odiel.

en todo caso un dibujo / diseño ilustrado a la manera de lo conocido hasta ahora –la *Tabula Peutingeriana*- que otra cosa⁵. Pero lo que nos interesa destacar aquí es que incluso antes de discutirse su carácter se daba por hecho que era el primer mapa antiguo conocido y que, por fin, la imagen en tanto que representación fiel de la realidad espacial se había impuesto al texto, frente a una evidencia mayoritariamente textual hasta la fecha. Se confirmaba de esta manera -con el argumento inequívoco de la antigüedad- la centralidad del mapa como soporte topográfico en una de las elaboraciones geográficas más reputadas: de ahí la obsesión por la localización. En todo caso, esta polémica nos da alguna de las claves de ciertas confusiones aún comunes en la historiografía no especializada en el tema, particularmente la creencia muy extendida –y no explicitada- de la evolución de la cartografía antigua hacia un mapa que refleje la realidad tal como es y dónde progreso en el conocimiento y progreso cartográfico irían de la mano de manera lineal y constante.

Es tan así que ni la aparición del libro de P. Janni⁶ en el que definía la percepción cartográfica antigua como hodológica y cualitativa, esto es, con la voluntad de “proyectar” sobre una superficie unidimensional la práctica empírica y social del viaje y el “ambiente geográfico” construido a partir de las distintas experiencias políticas y sociales de cada época, aplicando así a la cartografía antigua -por otro lado- las corrientes imperantes en las geografías francesa y norteamericana ya desde los años 50, vino a cambiar radicalmente de paradigma. El problema para Janni no era tanto dilucidar si existían o no mapas, que indudablemente los habría tanto en la mesa de trabajo como en ambientes intelectuales y eruditos, cuanto entender que también poseían una finalidad más reflexiva y dialéctica con respecto al texto además de la representativa en relación a la imagen. El autor citado nos descubre que a lo largo de toda la Antigüedad –y con la excepción quizá de Ptolomeo-, la geografía se mueve entre una aprehensión estática y mensurable del espacio –que es la que representa la voluntad de elaborar el mapa con los instrumentos de la geometría y la matemática-, y otra que pretende describir el espacio en su discurrir temporal a partir de la experiencia humana. Y que ambas establecen una intercomunicación constante que hace problemático dilucidar las prioridades de una y otra. Janni coloca la cuestión en su justa dimensión: el asunto estriba en ver qué experiencia acumulada está detrás de las especulaciones cartográficas que conservamos y en qué medida es aquélla la que define el mapa resultante.

Pero no es nuestra intención establecer una más que discutible categorización de las ‘geografías’ y los ‘geógrafos’, y menos una distinción cualitativa en relación a un supuesto progreso de la disciplina, sino apuntar –siguiendo las pautas marcadas por Janni- algunos puntos en común a la hora de acercarse a la realidad geográfica más allá de las diferencias de método y de estilo. Y si hay algo que une a las diversas aproximaciones geográficas será el peso indiscutible de la experiencia empírica y de la naturaleza histórica del espacio reflejado, la pugna constante entre tradición e innovación, así como la tensión permanente entre la obligación de geometrizar y simplificar el espacio para hacerlo aprehensible y, a la vez, la tendencia a reflejarlo en su dimensión histórica. Asistimos, por tanto, a una situación sino contradictoria, al menos conflictiva: una geografía que elabora mapas como instrumentos de reflexión para el presente fundamentados, básicamente, en informaciones provenientes del mundo de los viajes, de la guerra, del comercio, en suma, de una realidad muy dinámica y acumulada durante siglos. A fin de cuentas, el mapa como el resultado del acopio de saberes y de historia.

⁵ P. MORET, À propos du papyrus d’Artémidore et de la ‘plus ancienne carte d’Espagne’, *MCV* 33.1, 2003, 350-54. Un estudio reciente que lo relaciona con una tradición acumulada de “geografía empírica” (¿periplográfica?) en confrontación con la “geografía científica” pos-erastoténica, y por tanto no genuinamente artemidorea, en SERENA BIANCHETTI, Geografía e cartografía dell’estremo occidente. Da Eratostene a Tolomeo, *Mainake* XXX, 2008, 17-58 (esp. 40-46).

⁶ P. JANNI, *La Mappa e il Periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, 15ss.

A menudo se olvida –en esa tendencia tan extendida de categorizarlo todo bajo nuestros presupuestos- dónde están los orígenes de eso que finalmente se llama geografía. Las primeras reflexiones que podríamos englobar bajo el paraguas de la geografía aparecen asociadas al mismo entorno cultural que, a la vez, está discutiendo sobre el origen y la forma del universo, está poniendo las bases para que surjan nuevas maneras de contar el pasado –que no sean la épica o la poesía- o que analiza con asombro la ampliación del espacio histórico-geográfico más allá de los mares jonio y egeo. Ese contexto vendría a explicar su proyección universal originaria, su fuerte carácter especulativo y teórico y, en consecuencia, la necesidad de dotarse de una forma reconocible en la que primen el equilibrio y la armonía; pero, igualmente, el factor histórico funciona como un elemento dinamizador y desequilibrante frente al condicionamiento de la figura geométrica.

Hecateo es un buen ejemplo (*vid.* Fig. 1). Ya sabemos que su interés primordial consiste en poner un cierto orden –siguiendo muy probablemente un recorrido periplético de occidente a oriente- en la ma-



raña de datos y tradiciones locales de tipo mítico, etnográfico, toponímico, geográfico, genealógico, etc., de buena parte del mediterráneo conocido (griego o no), la búsqueda de sus orígenes y la explicación de

Figura 1.- La ecúmene de Hecateo (según E.H. BUNBURY, *A History of Ancient Geography*, vol. 1, Londres 1879)

sus peculiaridades⁷, según criterios de lógica (las deducciones etimológicas y homofónicas son las más comunes), verosimilitud o sentido común. Pero, inevitablemente, se ve obligado a ubicarlo en un marco circular -en este caso el más asumido⁸-, y distribuyendo el conjunto alrededor de un eje centro-mediterráneo donde los cabos delimitan la costa y los ríos vertebran y distribuyen las masas continentales⁹.

La dialéctica mencionada más arriba es muy evidente en Heródoto (*vid.* Fig. 2), heredero directo -aunque en el nuevo marco de la obra histórica- de esta primera geografía jonia. Critica a todos aquellos que sustituyen la falta de certeza por la geometría, sobre todo cuando se trata de elucubrar sobre cómo podían ser las tierras más extremas de la ecúmene (HDT. 3.115; 4.36.2), en una alusión directa a los físicos; para él será un esfuerzo inútil tanto por la falta de toda evidencia, como por el escaso o nulo interés para el lector o curioso griego, al que le interesa conocer únicamente su “espacio histórico”: el criterio histórico marca el ritmo de lo que puede ser conocido directa o indirectamente y se impone sobre cualquier otro tipo de consideración, ya sea una elucubración teórica o la mera curiosidad.

Es cierto que la distribución de un conjunto de territorios o accidentes geográficos (cabos; golfos; ríos, etc.) -esto es: un mapa- a un lado y a otro del mar interno hubiera sido imposible sin la experiencia marítima acumulada de siglos colonización, costera y en alta mar a través de las islas, que termina por construir un mapa mental de unas penínsulas que se encuentran unas frente y / o junto a otras proyectándose en el mar. Pero siendo esto verdad, el resultado que nos da nuestro historiador es, ante todo, producto de una reflexión histórica previa: ofrecer al lector griego el marco geográfico del imperio persa y, así, sobrevalorar aún más si cabe el mérito de la victoria sobre el medo. Es por ello que a nuestro geógrafo no le interesan los territorios centrales y occidentales del mediterráneo (y menos aún la *eschatia* de la ecúmene -cf. HDT. 2.23; 4.8.2), y se obliga únicamente a acometer la delimitación de aquello que afecta (y en parte explica) el poderío persa y los intereses griegos (Escitia y el Ponto, Persia-Asia, Egipto, y Libia), y sólo a partir de aquí se permite alguna licencia -siempre que tenga alguna evidencia-, como entrar en el debate de las dimensiones continentales (HDT. 4.42 y 45), las fuentes y crecidas del Nilo (HDT. 2.19-34) o la circunnavegación de Libia o Asia (HDT. 4.42.2 a 44). Todo ello, además, le lleva a acometer nuevos retos geográficos, como la definición de los territorios interiores (bien usando los ríos como delimitadores -HDT. 4.46-58-, las unidades étnicas más sobresalientes -*vid.* HDT. 4.37 y 39-, o ambos elementos a la vez), así como el uso abundante de la simetría¹⁰, la analogía y la comparación con lo mejor conocido¹¹, o la simplificación a partir de figuras geométricas¹², para hacer más comprensibles los espacios ignotos, y en suma, proporcionar su “extensión” y “configuración” aproximada, parafraseando sus propias palabras (HDT. 4.36.2).

⁷ Una cita entre muchas: “Hecateo de Mileto hace de la vid un invento realizado en Etolia, y así escribe: ‘Cuando llegó a Etolia Oresteo, hijo de Deucalión, a ocupar el reino, una perra suya parió una cepa. Y como éste mandase enterrarla nació de la cepa una vid cargada de uvas. Por ello llamó a su hijo Fítio (que significa algo así como el ‘sembrador de vides’); éste a su vez engendró a Eneo, nombre tomado del vino (porque los antiguos griegos, nos dice, llamaban a las vides *oinas*); en fin, hijo de Eneo fue Etolo” (1 F 341 Jacoby). *Vid.* G. NENCI, Introducción, en: *Hecateo Milesii. Fragmenta*, Florencia 1954, IX-XXXII.

⁸ Ya presente en el pasaje del Escudo de Aquiles de la *Iliada* (18.462-606). Para el papel de Océano como límite y la perennidad de su percepción como frontera infranqueable (mítica o real) *vid.* P. JANNI, Los límites del mundo entre el mito y la realidad: evolución de una imagen, en: A. PÉREZ JIMÉNEZ; G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas* (Serie Mediterránea, n° 3), Madrid 1998, 23-40.

⁹ Cf. F. PRONTERA, Hekataios und die Erdkarte des Herodot, en: D. PAPPENFUB; V.M. STROCKA (dirs.), *Gab es das Griechische Wunder? Griechenland zwischen dem Ende des 6. und der Mitte des 5. Jahrhunderts v. Chr.* (Tagungsbeiträge des 16. Fachsymposiums der Alexander von Humboldt-Stiftung veranstaltet vom 5. bis 9. April 1999 in Freiburg im Breisgau), Mainz 2001, 127-136.

¹⁰ “...por consiguiente, creo que el Nilo atraviesa toda Libia y es semejante al Istro...” (HDT. 2.34.2).

¹¹ “...ya que, al igual que el Ática, hay dos lados de los límites de Escitia que dan al mar, uno al mar del sur y otro al del este” (HDT. 4.99.4); “...además, en la medida en que, por meros indicios, puedo presuponer lo que se desconoce a partir de lo que lo que es manifiesto, el Nilo tiene su origen a una distancia similar a la del Istro...” (HDT. 2.33.2).

¹² “...así pues, supuesto que Escitia es un cuadrado...” (HDT. 4.101.1).

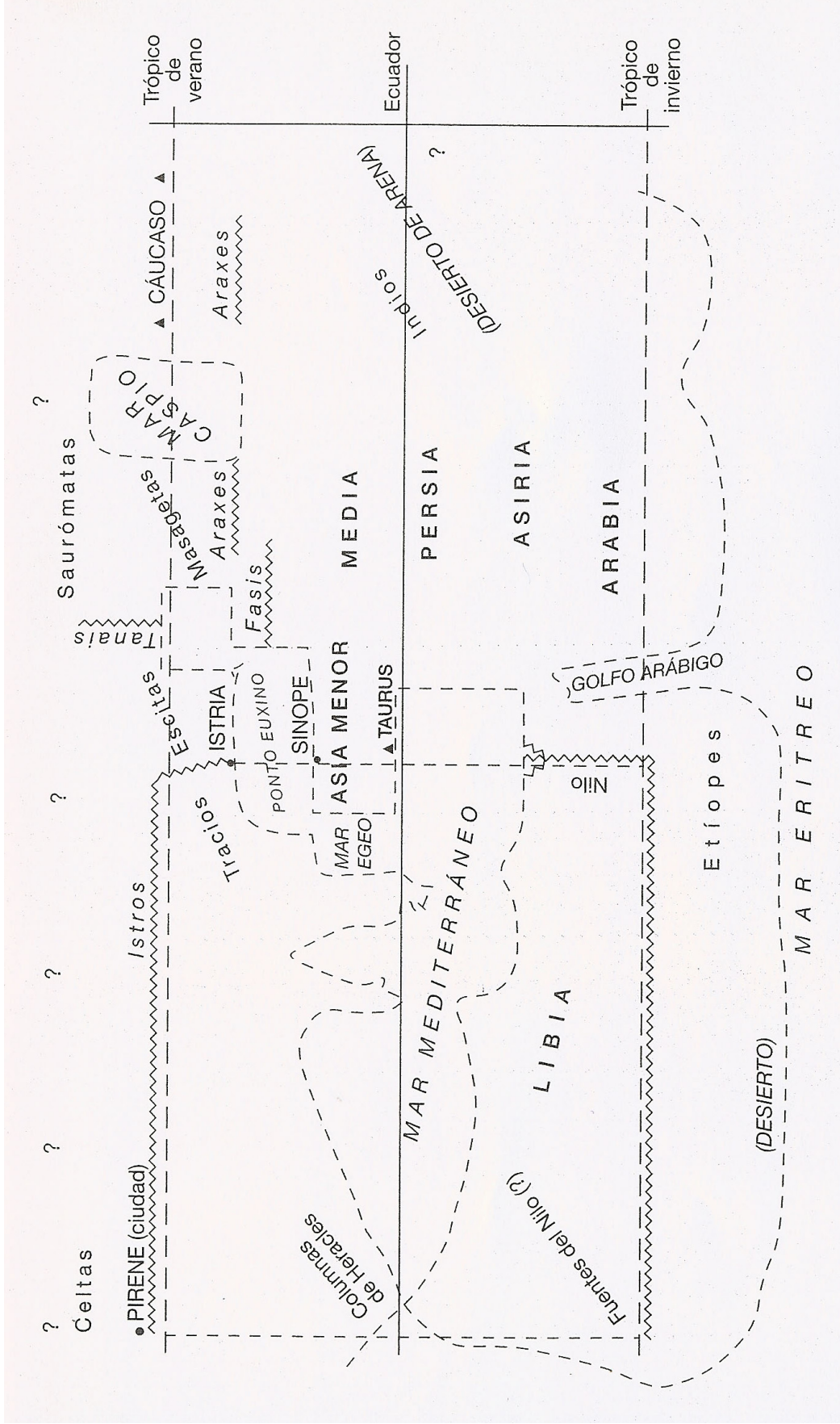


Fig. 2. Probable representation of the world of Herodotus (según CH. JACOB, *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona 2008, 66)

Propone, por tanto, un marco cartográfico nuevo y, sobre todo, reconocible, armónico, esquemático y coherente: las masas continentales y peninsulares (con la Hélade como centro) se articulan en torno a dos ejes perpendiculares en el centro (Columnas - costa meridional de Asia Menor; Istro – Nilo) y paralelos en los límites (solsticios de invierno y de verano), haciendo confluír una nueva delineación del espacio mediterráneo (a partir de la ordenación esquemática de lugares que, por la geografía náutica, eran percibidos como opuestos o continuos) -donde la ‘anchura’ viene a ser el doble de la ‘altura’, con la percepción de las nuevas masas continentales, todavía emergentes, y rompiendo así el geometrismo de los primeros mapamundis griegos desde una perspectiva histórica. Es así también que Heródoto pone los principios para el desarrollo de un verdadero “lenguaje geográfico”, a medio camino entre la experiencia acumulada y el obligado esquematismo; un lenguaje –precisamente por esto último- que él mismo reconoce que es puramente convencional, pero necesario¹³:

“Por cierto que no alcanzo a explicarme por qué razón la tierra, que es una sola, recibe tres denominaciones diferentes que responden a nombres de mujeres, y por qué motivo se han tomado, como límites para la misma, el Nilo, un río egipcio, y el Fasis, uno colco (otros, en cambio, hablan del Tanais, un río mayata, y de los Estrechos Cimerios); y tampoco he logrado averiguar los nombres de quienes establecieron los límites ni por qué les han impuesto esas denominaciones (...) En fin, sobre este tema basta con lo dicho, pues para las partes del mundo utilizaremos los nombres que la costumbre ha generalizado”

(HDT. 4.45.2 y 5; trad. C. SCHRADER: Gredos).

Pero si Hecateo aún está a medio camino entre la “racionalización” del mito y la descripción geo-etnográfica más apegada a la experiencia periplética, en Heródoto el punto de vista histórico es tan hegemónico que de facto condiciona las posibilidades en el diseño y la delineación de la ecúmene. Su crítica mordaz –que tacha de *poética* toda la tradición precedente (HDT. 3.115)-, esconde un rechazo a todo lo que no gire en torno a su perspectiva ideológica ateno-céntrica, incluso ante las posibilidades abiertas por la riqueza etno-geográfica y cartográfica de tradición jonia. Un ejemplo claro es su visión simplificada del occidente mediterráneo en torno a Tarteso / Iberia (de origen focense pero anti-masaliota –HDT. 1.163 y 4.151 a 153-), que contrasta con la variedad documental del milenio sobre ciudades, pueblos y etnias (frgs. 26ss. Jacoby), y (aunque desgraciadamente conservada

¹³ Que Heródoto recoja en extenso el debate entre Aristágoras y Cleómenes, rey de Esparta, donde aquél muestra “un mapa de toda la tierra, así como la totalidad del mar y todos los ríos” (HDT. 5.49.1) para acompañar un discurso donde le ofrece a Esparta el dominio del mundo si derrota al persa, y el hecho de que Cleómenes no se convenza porque “lo que propone es de todo punto inadmisibile para los lacedemonios, ya que pretendes llevarnos a tres meses de camino del mar” (HDT. 5.50.3), es el ejemplo más palpable de que la confrontación entre la perspectiva empírica, la geométrica e histórica está en la base de la geografía herodotea. Esa tensión entre cartografía y realidad es explicable en el contexto de un imperio en construcción como el ateniense –donde termina de escribir Heródoto su obra-, que necesita dotarse de esos nuevos instrumentos de conocimiento / convencimiento como es el mapa ecuménico; herramientas, por otro lado, que generan escepticismo por no decir incredulidad. Recuérdese el asombro que manifiesta el neófito ante el discípulo de Sócrates cuando le señala un mapa del Ática colgado en los muros de la escuela: ¿dónde están aquí representados los habitantes de mi demos?, se interroga (ARISTOF. *Nub.* 200-217). O, asimismo, el acalorado debate que se suscita entre la ciudadanía ateniense en torno a unos mapas sobre Sicilia en las postrimerías de la expedición a la isla del 415 a.C.: mapas usados por Alcibíades y Nicias para apoyar u oponerse a la citada aventura bélica y que son, por tanto, meros instrumentos dialécticos (PLUT. *Nic.* 12.1; *Alc.* 17.3-4). Cf. CH. JACOB, *op.cit.* n. 1, 111ss.

a través del resumen de Esteban de Bizancio -lo que nos impide percibirla en su justa dimensión)¹⁴, nos conduce a procesos etno-históricos de más complejidad y de incalculable valor si vemos otras derivaciones como las de Herodoto, Escilax, Damastes, etc., y, en general, toda la tradición periplética arcaica¹⁵. El escepticismo y empirismo herodoteo es de carácter histórico, reduciendo la geografía resultante no sólo a lo verosímil sino también a lo básico, y limitando así las posibilidades de transmisión de todo ese saber acumulado que bascula entre el mito y la realidad¹⁶.

Con la escuela alejandrina que culmina en Eratóstenes (*vid.* Fig. 3) –como es sabido el que acuña el término geografía en tanto que “dibujo de la tierra”-, la rectificación y elaboración del mapa pasa a ocupar más si cabe un primer plano en el trabajo del geógrafo, dándose un giro copernicano al respecto. La perspectiva cualitativa deja paso a una geometrización del espacio en torno a la parrilla de meridianos y paralelos, lo que permite un continuo proceso de rectificación geométrica que permite poco juego a la especulación que no tenga una base empírica o astronómica, y, sobre todo, facilita el continuo encaje de nuevos datos¹⁷. Es obvio que, en ausencia de datos de latitud fiables, una vez más es la información procedente de la tradición empírica y literaria la que se traslada al mapa, con todo lo que implica pasar de un punto de vista hodológico a cartográfico y esférico; es sabido, igualmente, que Eratóstenes ‘fuerza’ el mapa para hacerlo más armónico y homogéneo: la “cordillera” taurica es la simplificación geométrica de una sucesión discontinua de montañas –desde el Tauro hasta el Himalaya-, pero útil para dividir Asia en dos y constituirse en la bisectriz / paralelo fundamental a partir del que organizar las *sphragides*¹⁸. Los ejemplos serían muchos, pero lo importante es el cambio de perspectiva, subordinada completamente a la consecución de un instrumento científico de cálculo geográfico en el contexto de la geometría de la esfera; el mapa por fin ha adquirido su propio lenguaje y su propia coherencia y, a partir de aquí, cualquiera que quiera considerarse geógrafo tiene que asumir ese lenguaje codificado como punto de partida. Será ese cambio el que le lleva a aceptar –por ejemplo- el viaje autóptico de Píteas a los mares del norte (en torno al 330 a.C.) como fuente de

¹⁴ Para la problemática hecataica *vid.* P. MORET, La formation d’une toponymie et d’une ethnonymie grecques de l’Ibérie: étapes et acteurs, en: G. CRUZ ANDREOTTI; P. LE ROUX; P. MORET (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica ... op.cit.* n. 4, 42-45. Una síntesis en nuestro “Tarteso-Turdetania o la deconstrucción de un mito identitario”, en: M^a.L. DE LA BANDERA; E. FERRER ALBELDA, *El Carambolo. 50 años de un tesoro*, Sevilla 2009, en prensa.

¹⁵ F.J. GONZÁLEZ PONCE, El corpus periplográfico griego y sus integrantes más antiguos: épocas arcaica y clásica, en: A. PÉREZ JIMÉNEZ; G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), *Los límites de la tierra ... op.cit.* n. 8, 41-75; ID., *Periplógrafos griegos. I. Épocas arcaica y clásica 1: Periplo de Hanón y autores de los ss. VI y V a.C.*, (Monografías de Filología Griega – 19), Zaragoza 2008. Esta afirmación no implica ningún juicio de valor a favor o en contra, pues es de sobra conocido que el periplo es, igualmente, un producto literario y sometido como tal a sus propios mecanismos de selección y transmisión.

Todas las referencias en: J. MANGAS Y D. PLÁCIDO (eds.), *Testimonia Hispaniae Antiqua*. vol. II A [T.H.A. II A]. *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*. ed., trad. y coment. ELVIRA GANGUTIA ELÍCEGUI. *Inscriptiones Graecae Antiquissimae Iberiae*. ed., trad. y coment. HELENA RODRÍGUEZ SOMOLINOS, Madrid 1998.

¹⁶ Sigue siendo fundamental: J.L. MYRES, An attempt to reconstruct the maps used by Herodotus, *Geogr.Jour.* VIII, 1896, 605-631; F. PRONTERA, Sobre la delineación de Asia en la geografía helenística, en: A. PÉREZ JIMÉNEZ; G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), *Los Límites de la tierra...cit.* n. 8, 77-105 (=en ID., *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*, Málaga 2003, 65-85); recientemente: ID., Centro e periferia nei mappamondi greci, *Geographia Antiqua* XVI-XVII, 2007-2008, 177-187 (esp. 178-9).

¹⁷ Para la “geografía científica” *vid.* G. AUJAC, *Strabon et la science de son temps*, París 1966, 49ss.; EAD., L’immagine della terra nella scienza greca, en: G. PUGLIESE CARRATELLI (ed.), *Optima Hereditas. Sapienza giuridica romana e conoscenza dell’ecumene*, Milán 1992, 145-202. Para Eratóstenes, de la misma autora, *Ératosthène de Cyrène, le pionnier de la géographie. Sa mesure de la circonférence terrestre*, París 2001. Recientemente S. BIANCHETTI, Le tradizioni storiche sul Mediterraneo nella concezione dei «geografi scienziati», en: M.G. ANGELI BERTINELLI; A. DONATI (eds.), *Le Vie Della Storia. Migrazioni di popoli, viaggi di individui, circolazione di idee nel Mediterraneo antico* (Atti del II incontro internazionale di storia antica. Genova, 6-8 ottobre 2004), Roma 2006, 67-79.

¹⁸ S. BIANCHETTI, Il monte Tauro nella terza *sphragis* eratostenica e nella concezione straboniana, en: *Anatolia Antica. Studi in Memoria di Fiorella Imparati* (Eothen. Collana di studi sulle civiltà dell’Oriente antico, 11), Florencia 2002, 87-100 y F. PRONTERA, Sobre la delineación de Asia ... *art. cit.* n.16, *passim*.

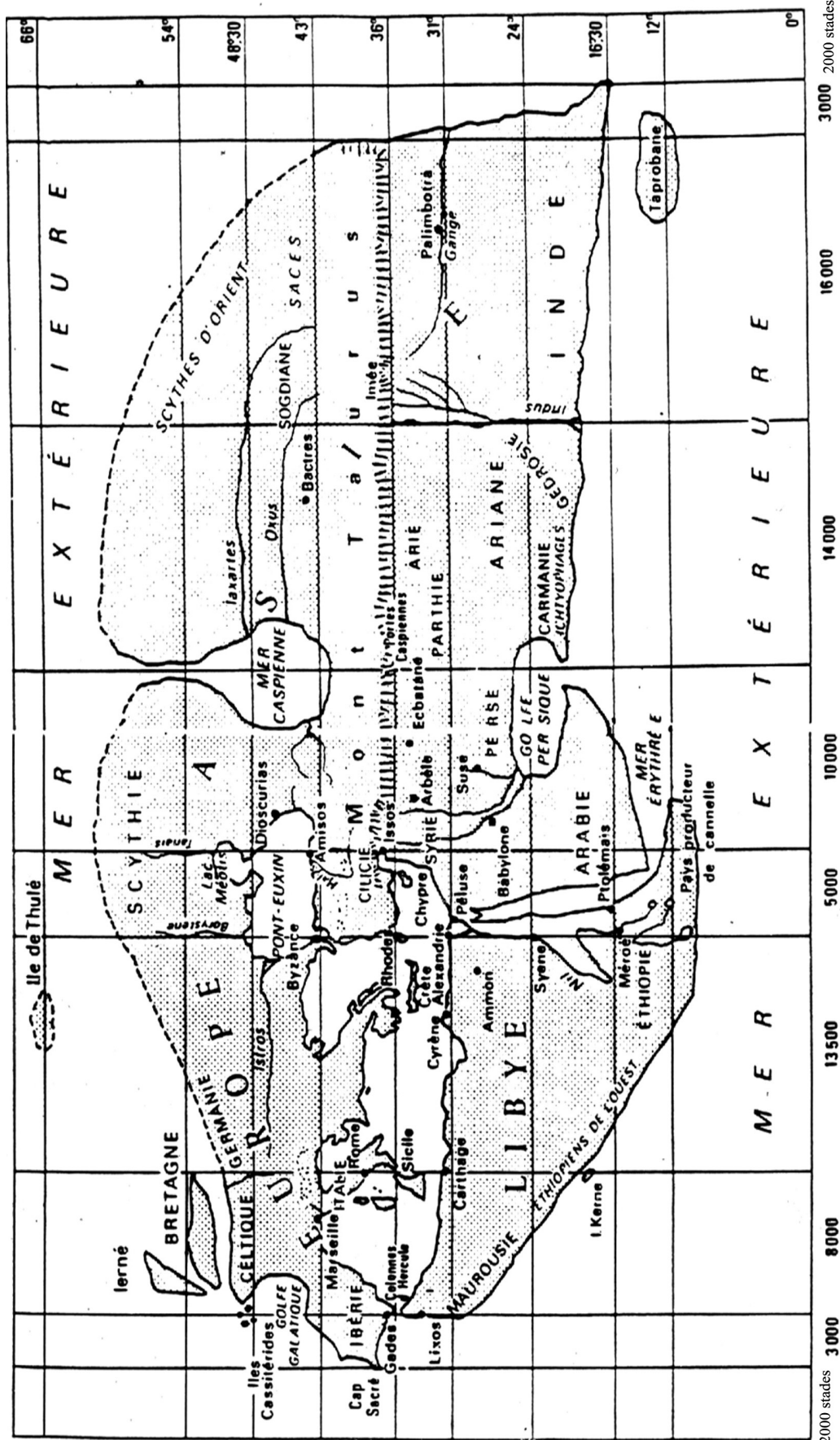


Figura 3.- El mapa de Eratóstenes (en G. AUJAC, *Eratosthène de Cyrène, le pionnier de la géographie. Sa mesure de la circonférence terrestre*, Paris 2001, 81)

autoridad para toda la delineación de la Iberia atlántica (ERATOSTH. F II C 18 Berger = PYTH. F 6 Bianchetti) y, con ello, cerrar la extensión de la ecúmene en su parte occidental (*ibidem*), así como elevar la latitud de la habitabilidad de la ecúmene a 66°N (PYTH. F 8c Bianchetti; cf. STR. 1.1.6 y 2.5.7-8) frente a los 54°N de Aristóteles (*Met.* 2.362a). En temas de tanta trascendencia para la delineación del conjunto del mapa y la definición de los *klímata*, Eratóstenes se atreve a aceptar la opinión de un “diletante”, rompiendo así nada menos que con la tradición aristotélica¹⁹. Dejando a un lado Hiparco, cuya crítica al sabio alejandrino parte de los propios presupuestos de la ciencia helenística²⁰, el feroz ataque a Eratóstenes por el uso de Píteas –desde Polibio (34.6) a Estrabón (2.4.2)- no es más que el resultado –una vez más- de las tensiones entre la perspectiva geométrica y la histórica, que contribuyen a convertir a la primera en un lenguaje de elegidos²¹. La irrupción de Roma en el escenario geoes-tratégico mediterráneo a partir del siglo III a.C., y su posición indiscutiblemente hegemónica a partir de la segunda mitad del siglo II a.C., vuelve a convertir a la geografía en un instrumento ideológico de primera magnitud, al desear hacer “coincidir” el poder efectivo de los ejércitos romanos con las definición geográfica de ecúmene, y que alcanzará su máxima expresión en obras como la de Estrabón, Marco Agripa o Plinio²². La no aceptación de la latitud habitable de Píteas responde claramente a la imposibilidad implícita de admitir posibles limitaciones del imperio romano.

Por no hablar de Estrabón, Polibio es un magnífico ejemplo de este proceso. Recoge una larga tradición –que podríamos remontar a Heródoto, pero que se institucionaliza con Éforo- de una geografía inserta en la obra histórica, a medida que el relato se sucede. En la mayoría de las ocasiones su geografía es más topográfica que otra cosa (cf. PLB. 12.25e.1 y 4), aunque a menudo introduce un pequeño excursus geo-cartográfico para contextualizar los sucesos que, en extenso, va a narrar a continuación; descripciones que sean sencillas y accesibles a todos (cf. PLB. 5.21.4-10). Tal es así cuando define a Sicilia como un triángulo (PLB. 1.42) –antes de la Primera guerra púnica-, al igual que Italia (PLB. 2.14.4 y 8) o va “descubriéndonos” Iberia (PLB. 3.37.11; 3.39.4-5; 3.17.2) –prece-

¹⁹ Aunque no sólo Píteas, sino también otras fuentes –en este caso atendibles para la “academia”- como Timóstenes (F. PRONTERA, *Periploi: sulla tradizione della geografia nautica presso i greci*, en: *L'uomo e il mare nella civiltà occidentale: da Ulisse a Cristoforo Colombo* (Atti del Convegno. Genova, 1-4 giugno 1992), Génova 1992, 41-44). Una síntesis del papel de Píteas en la delineación de la ecúmene occidental de Eratóstenes en S. BIANCHETTI, *art. cit.* n. 5, 26-34; y una introducción general de la misma autora en: *Pitea di Massalia. L'Oceano. Introduzione, testo, traduzione e commento*, Pisa-Roma 1998.

²⁰ S. BIANCHETTI, *Dall'astronomia alla cartografia: Iparco di Nicea*, en: EAD. *et alii, POIKILMA. Studi in onore di Michelle R. Cataudella in occasione del 60° compleanno*, La Spezia 2001, 145-156.

²¹ Sobre las dificultades es consciente el mismo Estrabón cuando afirma: “El hecho mismo de dibujar en una sola e idéntica superficie plana Iberia, la India y los países que hay entre ambas, y no menos en delimitar los ponientes y los levantes y los pasos por el meridiano como si fueran iguales para todos, supone una formación geográfica, si previamente se ha pensado en la disposición y movimiento del cielo y se da por supuesto que la superficie de la Tierra es realmente esférica (...) Pues no sucede así, y lo mismo que cuando se atraviesan amplias llanuras, como las de Babilonia, o el mar, todo por delante, por detrás y por los lados aparece plano y no ofrece ninguna contradicción respecto al cielo y a los movimientos y posiciones del Sol y de los demás astros relativas a nosotros, de la misma manera para los geógrafos no es preciso que aparezcan siempre las semejanzas. Pues el que navega o camina por un país llano es conducido por una serie de imaginaciones comunes, según las cuales tanto el inculto como el cultivado actúan de la misma manera, con inexperiencia de las cosas celestes y desconociendo las contradicciones que hay en ello (...) Pero el geógrafo no hace geografía para el lugareño ni para el ciudadano cultivado que jamás se ha preocupado de lo que se llaman propiamente matemáticas; ni tampoco para el segador ni para el que cava la tierra, sino para el que es capaz de convencerse de que la tierra entera es así como la afirman los matemáticos y de lo demás que se sigue de tal hipótesis” (STR. 2.5.1; trad. de J. GARCÍA BLANCO: Gredos).

²² Como siempre, Estrabón es clarividente: “Lo que nosotros deseamos conocer son precisamente aquellas regiones en las que existe una mayor tradición de hazañas, de regímenes políticos, de técnicas y de todo lo demás que contribuye a la sabiduría, así como nuestras necesidades nos conducen a aquellos países accesibles al intercambio y a las relaciones, y éstos son los que están habitados, y sobre todo los que están bien habitados” (STR. 2.5.18; trad. de J. GARCÍA BLANCO: Gredos). Para Estrabón una síntesis reciente en nuestro: La naturaleza histórica de la *Geografía* de Estrabón, *EVPHROSYNE* 37, 2009, 131-144. Fundamental es el trabajo de P. ARNAUD, *La géographie romaine impériale, entre tradition et innovation*, en: G. CRUZ ANDREOTTI; P. LE ROUX; P. MORET (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*, Málaga - Madrid 2007, 15-48.

diendo a la Segunda-. Más allá del socorrido recurso a las figuras geométricas para trasladar al lector una idea simple y fácil de retener en la memoria, es significativo cómo mide los tiempos geográficos: dichas descripciones sólo aparecen cuando el tema lo exige –sin, por otro lado, permitirse ninguna licencia literaria (PLB. 3.57 a 59). Y ello está en consonancia con su posición metodológica: sólo puede hablarse de geografía cuando el conocimiento es efectivo, esto es, cuando las conquistas han permitido saber en detalle de los lugares, países y pueblos (con Roma por occidente, con Alejandro por oriente, recalca), no antes (PLB. 4.40)²³. La crítica a Piteas se explica por aquí, como también la corrección a la extensión la Iberia –siguiendo la ruta de Aníbal²⁴, con implicaciones de gran calado sobre las mediciones aceptadas desde Eratóstenes acerca de la longitud del cuadrante occidental de la ecúmene y, por ende, con el cambio de la centralidad cartográfica a favor de Italia²⁵, y en detrimento de la Hélade, lo que es una apuesta ideológica indiscutible.

Y no es precisamente Polibio un desconocedor de la geografía científica, ni de las novedades de la cartografía alejandrina –como bien se atestigua en lo conservado del libro 34-, pero precisamente la corrige o la ignora puesto que su geografía está más cercana a lo que Estrabón nos hablaba en las postrimerías del Libro 2 (*cit. supra* n. 22) y, además, es la real: la “situación actual de los lugares y de las distancias”, dirá en 34.1.3-6, es decir una *corographía* más cercana al enfoque hodológico que cartográfico. Pero es que incluso debatir sobre los *klimata* y la latitud de los niveles de habitabilidad –por ejemplo- (PLB. 34.1 a 7) no es una cuestión baladí, pues significa no albergar dudas de la extensión de un imperio que –a ojos de un griego heredero de la empresa fallida de Alejandro- es por fin un imperio ecuménico; como no lo es tampoco considerar fiable a Homero (frente, de nuevo, a Eratóstenes) (PLB. 34.4-5)²⁶ y, después, interpretar la saga de Odiseo como itálica, porque coloca así a la Península en escena desde el comienzo de los tiempos. Su perspectiva cartográfica implícita –tal como nos aclara F. Prontera²⁷- (*vid.* Fig. 4) de colocación tripartita y helenocéntrica de los territorios continentales, con los ríos como frontera y los límites del mundo habitado a partir de los puntos solsticiales de levante y poniente, sigue más los criterios tradicionales de los viejos mapas, que las posibilidades abiertas con el conocimiento de las vastas tierras orientales / occidentales y la implementación de la parrilla de meridianos y paralelos. Con Polibio volvemos, por tanto, a una geografía netamente histórica que deja en un segundo plano la lógica interna del mapa, aunque avalada por la experiencia autóptica de militar e historiador que ha acompañado a los ejércitos romanos por medio mundo (cf. PLB. 3.59.3-8), y puede corregir parcialmente las medidas heredadas. La geografía matemática, y el mapa en concreto,

²³ El caso de Iberia es muy elocuente: si en un primer momento como tal sólo debemos llamar así al área mediterránea, con un interior que “aún permanece ignominado” (PLB. 3.37.11), poco a poco otras partes existen en tanto que son conquistadas o entran en contacto por Roma (Celtiberia, Lusitania...) (PLB. 3.38.2-3; 3.57.2-5; 34.1 a 3; 34.5.12-14; 34.8), combinando así una perspectiva reducida y amplia del término, es decir, una visión acompañada por el ritmo de la conquista. *Vid.* nuestro Polibio y la geografía de la Península Ibérica: la construcción de un espacio político, en: J. SANTOS; E. TORREGARAY (eds.), *Polibio y la Península Ibérica* (Revisiones de Historia Antigua IV, Veleia. Serie Acta, 4), Vitoria-Gasteiz 2003, 185-227; ID., Polibio y la integración histórico-geográfica de la Península Ibérica, en: G. CRUZ ANDREOTTI; P. LE ROUX; P. MORET (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica ... op.cit.* n. 4, 77-96 y P. MORET, Sobre la polisemia de los nombres íber e Iberia en Polibio, en: J. SANTOS; E. TORREGARAY, *op.cit. supra*, pp. 279-306.

²⁴ PLB. 3.39. F. PRONTERA, La penisola iberica nella cartografia ellenistica, en: G. CRUZ ANDREOTTI; P. LE ROUX; P. MORET (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica ... op.cit.* n. 4, 15-29.

²⁵ PLB. 34.6 y 7. F. PRONTERA, Note sul Mediterraneo occidentale nella cartografia ellenistica, en: M. KHANOUSI; P. RUGGERI; C. VISMARA (eds.), *L’Africa Romana* (Atti dell’XI convegno di studio. Cartagine, 15-18 dicembre 1994), Ozieri 1996, 335-341.

²⁶ F. PRONTERA, Acerca de la exégesis helenística de la geografía homérica, en: *Otra forma de mirar ... cit.* n. 16, 11-26.

²⁷ ARCAIO PINAKES nella geografia di Polibio, en: S. BIANCHETTI *et alii*, *POIKILMA. ... cit.* n. 20, 1061-1064; ID., La geografía de Polibio: tradición e innovación, en: *Otra forma de mirar ... cit.* n. 16, 139-149; ID., Perché Narbona? Sulla rappresentazione polibiana dell’Europa e del Mediterraneo occidentale, en: U. LAFFI; F. PRONTERA; B. VIRGILIO, *Artissimum Memoriae Vinculum. Scritti di Geografia Storica e di Antichità in ricordo di Gioia Conta*, Florencia 2004, 335-341; P. JANNI, La cartografía di Polibio, en: J. SANTOS Y ANGUAS; E. TORREGARAY PAGOLA (eds.), *Polibio y la Península Ibérica. op. cit.* n. 23, 89-102.

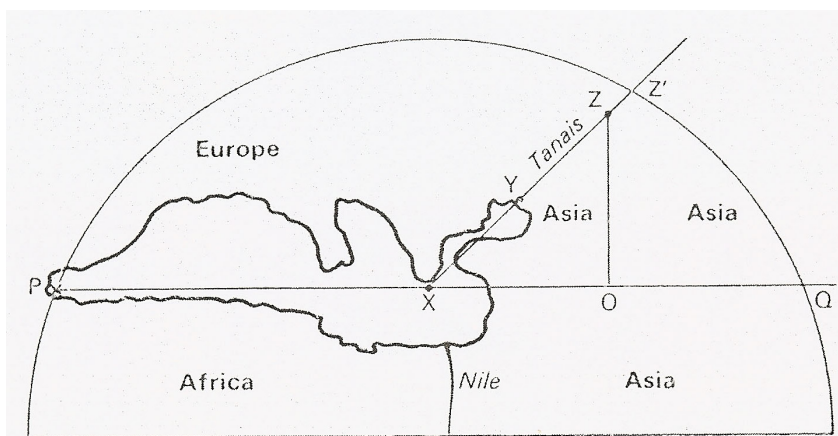


Fig. 4. La extensión de Europa en la representación polibiana (en F.W. WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius*. Vol. III, Oxford 1979, 597)

pierden la centralidad que había adquirido con Eratóstenes, aunque inevitablemente hay que afrontar su corrección al ser el lenguaje geográfico admitido como académico y de proyección universal²⁸.

Esta posición se continua hasta Artemidoro y Estrabón, aunque este último puede considerarse el intento (fallido) de una posición intermedia entre el presentismo eratóstenico y el historicismo polibiano. La defensa a ultranza de *su* geografía como una filosofía (STR. 1.1.1ss.), fundamentada no sólo en que se exige para su adecuada comprensión una multiplicidad de saberes, sino también en que incita al hombre cultivado y / o de estado a la reflexión sobre las distintas formas de vida y regímenes políticos y, en suma, niveles de civilización, alcanza su pleno desarrollo a partir del libro 3, pero –en cierta medida- contrasta con su esfuerzo de simplificación de la geografía matemática, a la que tiene que acudir como criterio de autoridad para presentarnos el nuevo mapa acorde con los nuevos tiempos²⁹. En este sentido, su geografía no es una geografía del Imperio sino de la civilización mediterránea –entroncando así con la más pura tradición helenística, aunque puesta al servicio de la causa romana y del cada vez más acusado interés de las élites por la ecúmene que dominan³⁰.

Pero, paradójicamente, esta inclinación conduce a otra geografía, más corográfica y administrativa, que huye del análisis para abundar en el detalle y que, a la vez, abandona las “veleidades” cartográficas de la geografía de tradición helena; es el caso de Agripa o Plinio, prácticamente contemporáneos de Estrabón. Ahora sí, y no antes, el viaje y los itinerarios van ocupando un lugar destacado en una geografía que es pura acumulación de información, frente al esfuerzo de selección y análisis que implicaba la elaboración del mapa y sus consecuencias históricas³¹; es decir, una geografía –como la que brevemente hemos expuesto- en el sentido braudeliano del tiempo y del espacio.

²⁸ Vid. nuestro Geografía e Historiografía clásica: el ejemplo de Polibio, *Revista de Historiografía* 1.1, 2004, 60-70.

²⁹ Cf. STR. 1.3.31 para ver cómo marca las distancias con el alejandrino y su exceso de geometrismo, concluyendo en 2.1.30: “Límites bien definidos tiene un territorio cuando cabe hacerlo mediante ríos, montañas o mar; y también por pueblo o pueblos, así como por sus dimensiones y forma cuando esto es posible. En todo el territorio es suficiente hacerlo de manera simple y global, en vez de con criterios geométricos...”. En general nos remitimos a nuestro: *La naturaleza histórica de la Geografía de Estrabón ... cit.* n. 22.

³⁰ Vid. CIC. Att. 2.4; 6 y 7.

³¹ Cf. P. ARNAUD, *cit.* n. 22.